FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

El interés histórico de un panfleto: "Apocoloquintosis del Divino Claudio" de Séneca

Autor:
Lilia Formisano

Revista
Anales de Historia Antigua y Medieval
1951/2 - 4, pag. 165 - 181

Artículo

FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA

EL INTERÉS HISTÓRICO DE UN PANFLETO: "APOCOLOQUINTOSIS DEL DIVINO CLAUDIO" DE SÉNECA

POR

Lilia Formisano

Se celebra hoy en el Olimpo un juicio extraordinario: reunida la Curia divina bajo la presidencia de Júpiter, sus miembros debaten acaloradamente si se ha de divinizar o no a un extraño personaje, "de buena estatura, de cabellos canos, que arrastra el pie derecho, mueve constantemente la cabeza y cuya voz indistinta emite confusos sonidos" [1].

Pero, ¿quién es este hombre singular que así ha movido la mansión divina? ¿Qué méritos posee para exigir ser dios? Se trata de Tiberio Claudio Druso, emperador de los romanos, muerto el tercer día antes de los idus de octubre, a los sesenta y cuatro años de edad y catorce de reinado [2].

Su esposa Agripina y su sucesor Nerón, se ocuparon de celebrar solemnemente sus funerales, sólo comparables a los efectuados a la muerte del divino Augusto; además se decretaron honores celestes: se incluyó a Claudio en el número de los dioses [3].

Los historiadores que se ocupan de esta época nos refieren los hechos: tanto Suetonio Tranquilo como Cornelio Tácito coinciden al describir la magnificencia de dichas exequias. A través de ellos podemos seguir paso a paso a Claudio durante su gobierno; pero dada la naturaleza de estos escritos, fundamentados en realidades y testimonios, la muerte del emperador cierra el capítulo a él dedicado. Sin embargo, quedan interesantes acontecimientos por conocer: su ascensión al cielo, la acogida de los dioses, el juicio sobre su divinización. Para informarnos detenidamente acerca de ello vamos a recurrir a uno de los más grandes escritores de todos los tiempos, a Lucio Anneo Séneca y a su escrito titulado "Apocoloquintosis del Divino Claudio".

Uno de los problemas, que en el campo de la historia más preocupó a estudiosos e investigadores, fué el de establecer el concepto preciso de la palabra "fuente" dentro de la terminología propia de esta ciencia. Superada la polémica que al respecto surgió y limadas las sutiles diferencias individuales, en el momento actual se considera como fuente "todo lo que nos proporciona el material para la reconstrucción de la vida histórica", tal la definición que nos da Wilhelm Bauer en su "Introducción al estudio de la Historia" y que

[1] SÉNECA, *Divi Claudii Apocolocyntosis*, V, 2.

[2] SUETONIO, *De Vita Caesarum, Divus Claudius*, 45. ZONARAS, *Anales*, XI, xi, 567. JOSEFO, *Bellum Iudaicum*, II, 11.

[3] SUETONIO, *Cl.*, 46. TÁCITO, *Ab excessu Divi Augusti Annalium*, XII, 66.

coincide con la de Xénopol [3-A] o la de Bernheim [3-B]. Por lo tanto, para lograr un conocimiento exacto del pasado, no sólo el documento, "imagen de los hechos, reflejada por la inteligencia humana y conservada por medio de la escritura" [3-C], ha de ser utilizado como instrumento indispensable, sino también las inscripciones, las marcas fronterizas, los altares, las medallas, las monedas. A su turno un trozo de tejido es un testimonio tan valioso para el especialista como unas memorias o un periódico.

De ahí que también podamos hablar del interés histórico de un panfleto. Bauer, para seguir al mismo tratadista, en su clasificación de las fuentes incluye los hechos de la vida intelectual "manifestaciones espirituales que nos han sido trasmitidas por medio del lenguaje, la escritura y la representación plástica: desde los calendarios e inscripciones hasta los periódicos, hojas sueltas, poesías y novelas" [3-D].

Un panfleto, al igual que todo escrito artístico literario, es una fuente histórica; en el caso presente de capital interés por varios motivos. En primer lugar por ser su autor, Lucio Aneo Séneca, una de las más brillantes personalidades de las letras de todos los tiempos; y además por ser este panfleto, dentro del género que se ha dado en llamar "sátiras menipeas", el único de su producción, exponente magistral del genio de su creador, consagrado como satírico inigualable.

Históricamente "La Apocoloquintosis del Divino Claudio" es una obra fundamental para el conocimiento del gobierno de dicho emperador, por haber sido escrita al mismo tiempo de producirse los acontecimientos que se narran, en base a observaciones y experiencias personales. Todos los otros datos que poseemos sobre el imperio romano en la época de Claudio provienen de historiadores posteriores que no conocieron por sí mismos al citado gobernante, sino por referencias llegadas hasta ellos.

Ahora bien, al analizar la validez de esta fuente se presenta el siguiente problema: ¿Hasta qué punto el elemento subjetivo ha influído en la narración de los hechos? ¿El autor estaba en situación de poder informar la verdad y deseaba hacerlo? Si pensamos en las aptitudes del informante y en su capacidad para conocer la época, nadie mejor que Séneca dada su preparación y su agudeza; si en las circunstancias, tampoco podían ser mejores: el panfleto aparece a los pocos días de haber muerto Claudio; por lo tanto había entera libertad para opinar acerca de él.

¿Pero deseaba Séneca presentar la verdad? Aquí hay que recordar la situación personal del autor; desterrado por Claudio en el primer año de su gobierno, pasó en Córcega ocho largos años de proscripción, tiempo suficiente para cimentar su encono contra su injusto acusador. Regresó a Roma a pedido de Agripina, como preceptor de su hijo Nerón. Y al morir Claudio, siendo miembro del senado, se vió obligado a intervenir en los honores fúnebres a él decretados. Quizá para compensar sus alabanzas públicas, su pluma escribió uno de los escritos más cáusticos y mordaces. Ya nos lo deja entrever su título "Apocoloquintosis del Divino Claudio", un juego de palabras

3-A XÉNOPOL, *Teoría de la Historia*, Cap. III: "Usamos la palabra fuentes como noción genérica que abraza todas las trazas que el pasado nos legó."

3-B ERNST BERNHEIM, *Introdución al estudio de la historia*, III, 2: "Llámase fuentes al material de donde se derivan los conocimientos de nuestra ciencia."

3-C XÉNOPOL, *Op. cit.*, Cap. XIII: "El método en historia."

3-D BAUER, *Introducción al estudio de la historia*, Cap. VII.

con el término apoteosis; su traducción literal: "Metamorfosis en calabaza del Divino Claudio".

Sin embargo no por ello vamos a rechazar esta fuente, pues sus aseveraciones, si bien cargadas de ironía, son veraces las más de las veces. Además aporta gran cantidad de elementos para el mejor conocimiento de este emperador romano. Bauer dice en el capítulo dedicado a la Eurística: "silenciar de modo deliberado los hechos resulta más perjudicial, para el interés de una fuente, que las exageraciones" [3-E]. Así, entresacando de este panfleto sus párrafos más sustanciosos, confrontados con otras fuentes para asegurar su valor como testimonios históricos, podremos lograr una interesante y sin duda novedosa descripción del emperador Claudio y un relato de su gobierno.

Comencemos con su descripción física. ¿Qué hay de verdad y de exageración en este personaje tan singular que Séneca nos presenta? Suetonio, en otros términos, hace de él un retrato semejante. "Su estatura era alta y esbelta, hermosos sus cabellos blancos, pero cuando marchaba sus piernas inseguras se doblaban con frecuencia." Refiriéndose a esta peculiar manera de caminar, anota Séneca: "Claudio ascendió al cielo con paso desigual [4]." "Tenía varios defectos naturales: risa estúpida, boca abierta y narices húmedas, insoportable balbuceo y continuo temblor de cabeza [5]." Dión Casio agrega que dada su tartamudez no leía en el senado todas las medidas que proponía, sino que daba el escrito al cuestor para que lo hiciera aunque él estuviese presente [6].

El maestro de la sátira toma estos elementos de la realidad y los presenta así: En el momento en que el emperador llega al reino de los dioses, Hércules que sale a su encuentro se aterroriza, "teme no haber enfrentado aún a todos los monstruos, al ver este rostro singular, esta rara manera de caminar y al escuchar su voz, que no pertenecía a ningún animal terrestre, sino que sus sonidos roncos y confusos eran tales como acostumbraban a emitir las bestias marinas" [7].

Claudio era un ser enfermizo; sufrió durante casi toda su infancia y su juventud obstinadas enfermedades que lo dejaron tan débil de cuerpo como de espíritu [8]. Por eso su compañera de viaje a través de la vía láctea fué la Fiebre, "que con él vivió tantos años" [9].

Fué la estulticia una de sus características más notables. Su madre le llamaba ordinariamente "sombra de hombre, aborto informe de la naturaleza". Y cuando quería hablar de un imbécil, decía: "es más estúpido que mi hijo Claudio" [10]. Esa estupidez él mismo la aumentaba para pasar inadvertido, hecho que le salvó la vida puesto que Calígula lo hubiera hecho morir si no hubiese sentido lástima y desprecio por él [11].

Tácito narra en sus Anales que cuando Nerón recitaba sus alabanzas durante los funerales, nadie pudo contener la risa al referirse éste a la inteligencia y sabiduría del divino Claudio [12]. No queda confirmado así el adagio popular: "¿Es necesario nacer rey o fatuo? [13]"

[3-E] Bauer, *Op. cit.*, Cap. X.
[4] Séneca, *Apocol.*, I, 2.
[5] Suetonio, *Cl.*, 30.
[6] Dión Casio, *Historia Romana*, LX, ii, 1-2.
[7] Séneca, *Apocol.*, V, 3.
[8] Suetonio, *Cl.*, 2.
[9] Séneca, *Apocol.*, VI, 1.
[10] Suetonio, *Cl.*, 3. Tácito, *Ann.*, VI, 46.
[11] Dión Casio, *Hist.*, LIX, xxiii, 5.
[12] Tácito, *Ann.*, XIII, 3.
[13] Séneca, *Apocol.*, I, 1.

Dió pruebas de carácter sanguinario y feroz tanto en las cosas pequeñas como en las grandes [14]. Muy indignado, Pompeio Pedo, viejo camarada, dice a Claudio al verlo en los infiernos: "Cómo hemos llegado aquí, nos preguntas, hombre crudelísimo; quién otro que tú nos ha enviado, asesino de todos tus amigos [15]."

Al tratarse la divinización de Claudio en el Olimpo, Diespiter opinaba que sería oportuno aceptarlo como dios, para que hubiese alguien que ayudara a Rómulo a comer sus nabos hirvientes [16]. En oposición a la austeridad y parquedad del fundador de Roma, Claudio estaba dispuesto a comer y beber a cualquier hora y en cualquier parte. Sus comidas eran suculentas y de ordinario tenía hasta seiscientos invitados [17]. Merced a sus excesos era muy fácil de dominar, puesto que se dedicaba a beber y a los placeres sexuales insaciablemente [18].

¿Cómo fué posible que una persona a quien se consideraba inapta para todo cargo público llegara a ejercer el máximo poder? El azar desempeñó aquí el papel protagónico, pero aunque parezca extraño, también influyó un rasgo saliente del carácter de Claudio: miedo, desconfianza [19]. Cuando los asesinos de Calígula separaron a todo el mundo, so pretexto de que el emperador quería estar solo, Claudio, sobrecogido de temor, fué a una galería inmediata donde permaneció oculto detrás del tapiz que cubría la entrada. Un pretoriano vió sus pies, lo reconoció, lo llevó a sus compañeros y fué conducido al cuartel de la guardia. A partir de este momento, el destino coloca a Claudio en el trono imperial. El senado, que había tomado el gobierno, presa de divisiones, rodeado de una multitud que pedía un solo jefe, nombra a Claudio que recibe delante del pueblo los juramentos del ejército; él había prometido a cada soldado quince mil sextercios. "Fué el primero de los césares — anota Suetonio — que compró a peso de oro la fidelidad de las legiones [20]."

Consideremos ahora los acontecimientos más importantes de este gobierno. Séneca nos habla de sus triunfos militares: "No existió en todo el orbe otro más valiente que él [21]." Derrotó a los partos rebeldes, persiguió a los persas, obligó a los brigantes a ofrecer sus cuellos a las cadenas de Rómulo y su triunfo sobre los britanos fué tal que le levantaron un templo donde lo veneraban como a un dios [22]. Históricamente sabemos que Claudio realizó una sola expedición militar. Paulo Orosio, en sus "Historias contra los paganos", dice: "En el cuarto año de su reinado, Claudio, deseando aparecer como un príncipe útil para la república, buscó la guerra en cualquier parte y la victoria en toda forma. Y así llevó una expedición a Britania. Allí, sin ninguna lucha ni derramamiento de sangre, consiguió en poquísimos días la sumisión de la mayor parte de la isla [23]." Coinciden los historiadores cuando narran la forma deslumbrante con que se celebró este triunfo. Tanto Suetonio como Tácito, Orosio, Zonaras o Eutropio, todos hacen referencia a la espectacular

14 Suetonio, *Cl.*, 34. Tácito, *Ann.*, XI, 26.
15 Séneca, *Apocol.*, XIII, 6.
16 Séneca, *Apocol.*, IX, 5.
17 Suetonio, *Cl.*, 32, 33.
18 Dión Casio, *Hist.*, LX, ii, 6.
19 Suetonio, *Cl.*, 35. Tácito, *Ann.*, XI, 31. Zonaras, *Ann.*, XI, viii, 560.
20 Suetonio, *Cl.*, 10.
21 Séneca, *Apocol.*, XII, 3.
22 Séneca, *Apocol.*, VIII, 3. Tácito, *Ann.*, XIV, 33.
23 Orosio, *Adversus paganos historiarum libri*, VII, vi, 9-10.

entrada del general victorioso en Roma y a los honores que se le decretaron [24].

En cuanto a la lucha con los partos y los brigantes, recordemos que en ese tiempo llegaron los embajadores de los partos a pedir la deposición del legado romano Gotarces, intolerable igualmente a los nobles que al pueblo, y la designación de Meherdates. La petición fué aceptada, pero Gotarces triunfó e impidió al nuevo representante de Roma dirigir a los partos. En otro escenario, Ostorio, general romano, interviene en las discordias nacidas entre los brigantes. Una vez ajusticiados algunos de los que primero tomaron las armas, los demás se sosegaron en virtud del perdón que se les concedió [25].

"Claudio legisló de tal manera que el mismo océano se estremecía bajo las nuevas leyes del hacha romana [26]." Fuese o no cónsul, administraba justicia con mucha asiduidad, hasta en los días consagrados, y algunas veces también durante las fiestas establecidas por la religión desde remota antigüedad. Hizo continuo el despacho de los negocios dividido hasta él entre los meses de invierno y los de estío [27]. "¿Qué juez atenderá ahora pleitos durante todo el año?" "Nadie pudo resolver asuntos más rápidamente que él, mientras escuchaba a una parte y muchas veces a ninguna de las dos [28]." Mostraba en sus informes y sentencias carácter en extremo variable: circunspecto y sagaz, inconsiderado y hasta extravagante. Ordinariamente daba razón a la parte presente contra la ausente, sin atenerse a las excusas, legítimas o no, que ella podía presentar [29]. Habiendo usurpado todo el poder y la autoridad de las leyes y de los magistrados, había dado origen a todo género de robo; jamás hubo mercancía pública tan venal como la perfidia de los abogados [30]. Se comprende claramente por qué Séneca dice que en medio del contento general que reinaba durante las exequias de Claudio sólo Agatón y algunos pocos abogados se lamentaban; y que un jurisconsulto al verlos reunirse y quejarse de su suerte, exclamara: "Yo os decía, las Saturnales no durarán siempre [31]."

Otro hecho importante de su gobierno fué la facilidad con que concedía la ciudadanía a los extranjeros. Cloto, la más joven de las parcas, no se decidía a cortar el estambre para dar fin a la vida del César porque deseaba que él contemplase convertido en realidad su sueño de ver togados a todos los griegos, galos, hispanos y britanos [32]. Nada mejor que hacer referencia al famoso discurso que Claudio pronunció ante el senado en circunstancias en que los galos de la región Comata solicitaron, ya ciudadanos, la participación en los honores. En la chapa de bronce descubierta en Lyon en 1528 se encontró grabado, en forma abreviada, este discurso, que Tácito transcribe en sus Anales con el estilo de la elocuencia: "¿De qué tuvo origen la ruina de los lacedemonios y atenienses, puesto que fueron grandes en las armas, sino de haber tratado como a extranjeros a todos los pueblos que sojuzgaban? No lo hizo así nuestro fundador Rómulo, el cual, con singular prudencia, supo tener a muchos pueblos en un mismo día por enemigos y por ciudadanos suyos [33]."

[24] Suetonio, *Cl.*, 17. Zonaras, *Ann.*, XI, ix, 563. Eutropio, *Breviarium ab urbe condita*, VII, 8.
[25] Tácito. *Ann.*, XII, 10, 11, 32.
[26] Séneca, *Apocol.*, XII, 3.
[27] Suetonio, *Cl.*, 14, 15, 22. Dión Casio, *Hist.*, LX, iv, 3.
[28] Séneca, *Apocol.*, XII, 3.
[29] Suetonio, *Cl.*, 15.
[30] Tácito, *Ann.*, XI, 5.
[31] Séneca, *Apocol.*, XII, 2.
[32] Séneca, *Apocol.*, III, 3.
[33] Tácito, *Ann.*, XI, 24. *Tabla Claudiana de Lyon.*

Al correr el tiempo se hizo con la ciudadanía romana un verdadero negocio. Mesalina y los libertos imperiales vendían tal privilegio; al comienzo eran menester ingentes sumas de dinero; luego se obtuvo con tanta facilidad que era un dicho común que "se podía llegar a ser ciudadano mediante algunos trozos de vidrio roto" [34].

Claudio, gobernado por sus libertos y sus mujeres, antes vivió como esclavo que como emperador. Dignidades, mando, impunidad, suplicios, todo lo prodigó según el interés de estos afectos y caprichos, y con frecuencia, sin saberlo [35]. Séneca en este irónico panfleto comenta: "Tan poco se preocupaban de su persona que se diría que todos aquellos eran sus libertos [36]."

Muchas de las muertes ocurridas durante su gobierno se debieron al influjo ya de sus libertos, ya de sus mujeres. Esclavo de éstas, mató a sus dos yernos: Mesalina acusó injustamente a Pompeio Magno, casado con la mayor de sus hijas [37], y Agripina a L. Silano, comprometido en matrimonio con la menor [38].

Es interesante detenerse a considerar con qué ingenio se refiere Séneca a la muerte de L. Silano. Claudio no podía lograr el apoyo de Júpiter en el senado de los dioses, pues indirectamente lo había condenado por incesto. "¿Por qué causa, pregunto, mató a su yerno Silano [39]?" Agripina, deseando casar a Nerón con Octavia, hija de Claudio, ya comprometida con L. Silano, concibe su plan: Vitelio, bajo su influencia, acusó criminalmente a Silano de amores incestuosos con tu hermana y éste fué el motivo por el cual se lo condenó [40].

Ningún exponente más demostrativo del poder de los libertos hay que la muerte de su esposa Mesalina. Ella, no contenta con sus adulterios, deseó también muchos maridos y así celebró nupcias con C. Silio, le regaló una residencia real y más tarde lo designó cónsul [41]. Si bien su culpa era grave, no merecía ser ajusticiada. Pensemos sino en Júpiter — dice Séneca —, es verdad que le quebró una pierna a Vulcano y "tomándolo de un pie lo arrojó de la mansión divina" y que se encolerizó con su esposa y la suspendió en el espacio. ¿Pero, acaso la mató [42]? Claudio, enterado por sus libertos de la actitud de su mujer, regresa a Roma y comprueba por sí mismo la veracidad de los hechos. Indignado, resuelve darle muerte; pero luego, más sereno, la hubiese perdonado si escuchara sus súplicas. Intervino su liberto Narciso que al ver que disminuía la ira de su amo, dió orden de ir adonde estaba Mesalina y de que allí mismo la matasen. Hallada en los jardines de Asiatico, el tribuno le atravesó el pecho de una estocada [43]. Suetonio comenta que Claudio, poco después de la ejecución de Mesalina, preguntó al sentarse a la mesa "por qué no acudía la emperatriz" [44].

34 Dión Casio, *Hist.*, LX, xvii, 6-7.
35 Suetonio, *Cl.*, 29. Dión Casio, LXII, 46. Zonaras, *Ann.*, XI, vii, 560.
36 Séneca, *Apocol.*, VII, 2.
37 Zonaras, *Ann.*, XI, ix, 563. Dión Casio, *Hist.*, LX, xxix, 6; xxxi, 8.
38 Suetonio, *Cl.*, 29.
39 Séneca, *Apocol.*, VIII, 2.
40 Tácito, *Ann.*, XII, 3. Zonaras, *Ann.*, XI, x, 564.
41 Zonaras, *Ann.*, XI, x, 564.
42 Séneca, *Apocol.*, XI, 1.
43 Tácito, *Ann.*, XI, 26-38. Dión Casio, *Hist.*, LXI, xxxi, 5.
44 Suetonio, *Cl.*, 39.

Y si Narciso mata a la mujer del emperador, Palente, otro de sus libertos, le busca nueva esposa. Se trata de Julia Agripina, hija de Germánico, que gracias a la influencia de dicho liberto logró casarse con Claudio [45]. Y fué esta mujer la que —según los testimonios más autorizados— puso fin a la vida del emperador. Agripina tenía un hijo, Nerón, a quien deseaba ver en el trono. Primero logró que Claudio lo adoptara y poco a poco consiguió alejar a Británico, abriendo a Nerón el camino al imperio.

Suetonio, Tácito y Dion Casio describen la muerte del césar en forma semejante. Si bien uno es más explícito que el otro, convienen en que Agripina lo envenenó: privado inmediatamente del habla y del oído, murió sin haber sido capaz ni de decir ni de oír una sola palabra [46]. Mantuvieron secreta su muerte hasta que todo estuvo dispuesto para asegurar el imperio a Nerón. Se continuaron las rogativas por su curación y hasta se llamaron a palacio a algunos cómicos, que había pedido para distraerse. Séneca dice: "Expiró mientras escuchaba a los cómicos; así comprenderás que no les temo sin razón [47]."

Veamos ahora qué ocurre en el cielo cuando llega Claudio. Después que Hércules lo reconoce e identifica, se celebra una reunión en el senado celeste para juzgar si es digno de ser un dios. Las opiniones son variadas y si el padre Jano se resuelve por la negativa, no lo hace así Dispiter, cónsul designado para las calendas de julio; pero la opinión que más pesa es la del divino Augusto: "Puesto que Claudio mató a su suegro Apio Silano, a sus dos yernos Pompeio Magno y Lucio Silano, al suegro de su hija, Craso Frugi, a Escribonia, suegra de su hija, a Mesalina y a otros cuyo número no puedo calcular, deseo que se le castigue con rigor; que sea expulsado del cielo en el término de treinta días y del Olimpo en el de tres [48]."

Todas estas muertes están documentadas: Suetonio cita entre las víctimas de Claudio a Apio Silano [49], y Tácito se refiere a la muerte de Craso y de Escribonia, padres de Pompeio Magno. Orosio, tomando el dato, sin duda, de Suetonio, nos habla de que Claudio firmó la sentencia de muerte de treinta y cinco senadores y de trescientos caballeros romanos [50].

El senado decide al fin enviar a Claudio a los infiernos. Llevado ante el tribunal de Eaco es condenado a jugar a los dados con un cubilete desfondado, "trabajo vano y la ilusión de un deseo sin término ni resultado" [51]. No debemos olvidar que este emperador era muy aficionado al juego, que no lo interrumpía ni aun mientras viajaba, estando construídos los carruajes y mesas de manera que el movimiento no afectase al juego [52].

Pero la suerte de Claudio fué muy singular. Cuando el juicio parecía haber terminado se presenta Calígula y reclama a Claudio como su esclavo. Eaco se lo concede, Calígula se lo regala y aquél, a su vez, lo entrega a Menandro, su liberto. Así Claudio Tiberio Druso, emperador de los romanos, llega a ser esclavo de un liberto, condenado a jugar con un extraño cubilete,

45 TÁCITO, *Ann.*, XII, 1.
46 SUETONIO, *Cl.*, 45. TÁCITO, *Ann.*, XII, 64. DIÓN CASIO, *Hist.*, LX, xxxiv, 2. ZONARAS, *Ann.*, XI, xi, 567.
47 SÉNECA, *Apocol.*, VI, 2.
48 SÉNECA, *Apocol.*, XI, 5.
49 SUETONIO, *Cl.*, 39.
50 OROSIO, *Hist.*, VII, vi, 18. SUETONIO, *Cl.*, 29.
51 SÉNECA, *Apocol.*, XIV, 5.
52 SUETONIO, *Cl.*, 33.

por cuyo extremo desfondado los dados engañosos se deslizan, sin interrupción, como se desliza la inútil carga por la espalda de Sísifo, cuando ya alcanza la cima del alto monte [53].

Este texto de Séneca tiene además otro interés: ha conocido al personaje y en medio del tono grotesco, nos lo presenta con una vida que no encontramos en la dignidad de la Historia [54].

[53] Séneca, *Apocol.*, XVI, 1-2.
[54] A continuación se da el texto de Séneca en traducción castellana.

METAMORFOSIS DEL DIVINO CLAUDIO EN CALABAZA *

I. 1. Quiero traer a la memoria los hechos que ocurrieron en el cielo, el tercer día antes de los idus de octubre, en este año singular, punto de partida de una edad felicísima. Nada debe atribuirse ni a la ofensa ni al reconocimiento. Si alguien me preguntara cómo me informé sobre estos hechos tan verídicos, ante todo, si no quiero, no responderé. ¿Quién me ha de obligar? Sé que me he transformado en un hombre libre desde el momento en que murió aquél que había confirmado la verdad del proverbio: se nace rey o se nace necio. *2.* Si me place responder, diré lo que se me ocurra. ¿Quién ha exigido alguna vez testigos juramentados a un historiador? Sin embargo, si fuese necesario presentar un testigo, interrogad a aquél que vió a Drusila cuando ascendía al cielo. Dirá que contempló a Claudio siguiendo el mismo camino "con paso desigual". Quiera o no está obligado a ver cuanto ocurre en el cielo: pues es curador de la Vía Apia, por la que, según tengo entendido, tanto el divino Augusto como Tiberio César fueron al reino de los dioses. *3.* Si lo interrogas, te lo narrará a ti solo. Jamás dirá una palabra ante muchos; pues desde que juró en el senado que había visto a Drusila subiendo al cielo y a cambio de tan buena noticia nadie le creyó, juró solemnemente que no revelaría lo que viera, aun cuando fuese un hombre asesinado en medio del foro. Por él me he informado acerca de estos hechos manifiestos, los que, en tal circunstancia, escuché como verdaderos; tenga, pues, aquél salud y felicidad.

II. 1. "Ya Febo, abreviando su camino, había demorado el nacimiento de la luz y la noche se prolongaba; ya Cintia, vencedora, acrecentaba su reino, y el horrible Invierno arrebataba sus galas al opulento Otoño; y mientras Baco forzosamente envejecía, el tardío vendimiador recolectaba los escasos racimos."

2. Creo que seré mejor comprendido si digo: era el mes de octubre, la antevíspera de los idus. No puedo decirte la hora exacta: más fácilmente convendrán entre sí los filósofos que los relojes. Sin embargo era entre la sexta y la séptima hora. *3.* ¡Qué torpeza! Los poetas, no contentos con describir el orto y el ocaso del sol, se complacen también en perturbar el mediodía. ¿Tú dejarás pasar así una hora tan buena?

4. "Ya Febo, en su carro, había hendido la mitad de su órbita y más próximo a la noche, sacudía las fatigadas bridas e inclinaba oblicuamente su luz."

III. 1. Claudio intentaba entregar su alma, pero no podía liberarla. Entonces Mercurio, que siempre se había deleitado con su ingenio, llamó aparte a una de las Parcas y le dijo: "¿Cómo consientes, mujer desapiadada, que se atormente a un hombre infeliz? ¿No cesará nunca su tan prolongada tortura? Hace sesenta y cuatro años que está en lucha con su alma. ¿Por qué quieres mal, a él y a la república? *2.* Permite a los astrólogos decir alguna vez la verdad; desde que fué príncipe lo entierran todos los años, todos los meses. Sin embargo no es de extrañar que se equivoquen y que nadie conozca su hora; pues ninguna persona juzgó jamás que hubiese nacido. Haz lo que se debe:

"Entrégalo a la muerte; que otro mejor reine en el palacio."

3. Pero Cloto respondió: "¡Por Hércules! Quería concederle algunos días más para que otorgara la ciudadanía a estos poquísimos que faltan; pues [Claudio] había resuelto ver togados a todos los griegos, galos, hispanos, britanos. Pero estando dispuesto que algunos extranjeros queden para semilla y ya que tú así ordenas hacerlo, sea." *4.* Abre entonces una cajita y saca tres husos. Uno era de Augurino, otro de Baba y el tercero de Claudio. "A estos tres — agregó — quiero hacerlos morir a cortos intervalos, en el mismo año, para no enviar a Claudio sin séquito. Pues no conviene que quien ha poco veía tantos miles de hombres que lo seguían, tantos que lo precedían, tantos que lo rodeaban, de improviso se encuentre solo. Se contentará, entre tanto, con estos convivientes."

* Las notas correspondientes van al final de este texto.

IV. 1. "Dijo esto y devanando el hilo en el informe huso de la estulta vida de un príncipe interrumpió el curso. Mientras, Láquesis, coronadas su cabellera y su frente con laureles de Pierio, separa del albo vellón el hilo blanco y lo guía con mano propicia. El estambre así conducido toma un color singular. Sus hermanas se maravillan de la hilaza. La lana común se troca en precioso metal; descienden siglos dorados por la valiosa hebra. No hay límite para ellas; hilan el vellón afortunado y tan suave es esta hilaza que se regocijan llenándose las manos. La obra adelanta por sí misma rápidamente y sin trabajo; el hilo sedoso desciende del huso giratorio. Sobrepasan los años de Titón, sobrepasan los años de Néstor. Febo está presente. Las anima con su canto y se alegra de lo futuro; en su contento, ora mueve el plectro, ora les alcanza las madejas. Las retiene extasiadas con su canto y las hace equivocar. Y mientras ellas alaban en demasía la cítara y el canto fraterno, sus manos hilan más de lo sólito y la maravillosa obra supera el destino humano. "No interrumpáis, oh Parcas — dijo Febo — que sobrepase la duración de una vida mortal aquél que se me parece por su rostro y prestancia; no inferior a mí ni por su canto ni por su voz, feliz hará los días de los fatigados hombres e interrumpirá el silencio de las leyes. Tal como Lucifer desvanece los astros que huyen, tal como Héspero surge cuando los astros retornan, tal como el Sol resplandeciente contempla el universo y pone en movimiento las ruedas de su carro luego que la rojiza Aurora, disipadas las sombras, ha vuelto a traer el día; así Roma contemplará a Nerón. Con tenue fulgor resplandecen el rostro y el cuello ornado por su cabellera flotante."

2. De esta manera habló Apolo. En tanto, Láquesis, ya deseosa de favorecer a un hombre tan hermoso, hiló con mano plena y dió aún más años a Nerón. En cuanto a Claudio todos quieren que

lo cortejen desde su casa con alegría y alabanzas.

Claudio exhaló bullente el ánima y desde entonces dejó de parecer con vida. Expiró mientras escuchaba a los cómicos; así comprenderás que no sin razón les temo. *3.* La última palabra que se le oyó entre los hombres, después que dejó escapar un ruido enorme por aquella parte por la cual más fácilmente hablaba fué ésta: "¡Ay de mí! Creo que me he ensuciado." No sé lo que era; pero en verdad todo lo ensució.

V. 1. Es innecesario narrar los sucesos que ocurrieron en la tierra después de la muerte de Claudio. Como bien lo sabéis, no es de temer que se olviden los hechos que la alegría pública ha impreso en la memoria: nadie olvida su felicidad. Escuchad pues lo que ocurrió en el cielo; dejo la responsabilidad de ello a mi informante. *2.* Se anuncia a Júpiter que acaba de llegar cierto personaje de buena estatura, de cabellos canos y que arrastra el pie derecho. Mueve constantemente la cabeza; no se sabe a quién amenaza. Se lo interrogó acerca de cuál era su patria y respondió no sé qué, con sonidos confusos y voz indistinta. No se comprende el idioma que habla: no es griego ni romano ni de ninguna nación conocida. *3.* Entonces Júpiter ordena a Hércules, que había visitado todo el orbe y que por lo tanto debía conocer todas las naciones, que vaya y examine a qué raza pertenece ese hombre. Hércules se inquietó en el primer momento; pues temió no haber enfrentado aún a todos los monstruos al ver este rostro singular, esta rara manera de caminar, y al escuchar su voz que no pertenecía a ningún animal terrestre, sino que sus sonidos roncos y confusos eran tales como acostumbraban a emitir las bestias marinas. Juzgó que le había tocado en suerte el treceno trabajo. *4.* Mirándolo más atentamente le pareció que era algo así como un hombre. Se acercó pues, y cosa fácil para un hijo de Grecia, le dijo:

"¿Quién eres, de dónde vienes; cuál es tu ciudad y quiénes son tus padres?"

Claudio se alegra de que allí haya hombres eruditos, pues espera que en una ocasión futura alguien lea sus Historias. Y para dar a entender con un verso homérico que él era el César, dijo:

"Desde Ilion el viento me aproximó al país de los cicones."

Sin duda, el verso que sigue, también homérico, hubiese sido más exacto:
"Ilion, la que yo destruí y exterminé a sus habitantes."

VI. 1. Y se lo hubiera hecho creer a Hércules, nada sagaz, si no hubiese estado allí la Fiebre que, abandonando su templo, había dejado a todos los demás dioses en Roma y venido sola con él. "Este — dijo — sólo cuenta mentiras. Te lo digo yo, que conviví con él tantos años; ha nacido en Lyon. Tienes delante de ti a un conciudadano de Munatio. Te lo aseguro: ha nacido a dieciséis millas de Viena, es un auténtico galo. Y como debía hacerlo un galo, así se apoderó de Roma. Te repito que él ha nacido en Lyon, donde Lucino reinó tantos años. Pero tú, que has recorrido más países que arriero de profesión, debes conocer la región lionesa y saber que hay muchas millas de Xanto al Ródano." *2.* En este

momento Claudio se enardeció y gruñó de cólera cuanto pudo. Nadie comprendía lo que decía. Con aquel ademán de su mano insegura, firme únicamente para esto; con aquel ademán con que solía mandar degollar a los hombres, ordenaba que la Fiebre fuera conducida al suplicio, ordenaba que la decapitaran. Pero tan poco se preocupaban de su persona que se hubiera dicho que todos aquellos eran sus libertos.

VII. 1. Entonces Hércules dijo: "Escúchame, deja de divagar. Has llegado a un país donde las ratas roen el hierro. Díme pronto la verdad si no quieres que te haga renunciar por la fuerza a tus extravagancias." Y para parecer más terrible toma el tono trágico y dice:

2. "Declara de inmediato en qué sitio crees que has sido engendrado, sino caerás sobre la tierra aniquilado por este tronco. Esta clava ha matado muchas veces a indómitos reyes. ¿Cuáles son los sonidos ininteligibles que ahora tu voz profiere? ¿Qué patria, qué pueblo produjo esta cabeza vacilante? Explícate. Cuando me dirigía a los lejanos reinos del rey de triple cuerpo, junto al mar de Hesperia, mientras transportaba hasta la ciudad de Inaco sus célebres rebaños, vi una colina, que domina dos ríos, y que Febo ve siempre al iniciar su curso; de allí fluye el inmenso Ródano, precipitando sus olas, y el Arar, indeciso sobre el curso a seguir, baña silencioso sus orillas, con tranquilas olas. ¿No es ésta tu tierra nutriz?"

3. Esto fué dicho con suficiente ímpetu y firmeza. A pesar de ello [Hércules] no se siente dueño de sí y teme *"las reacciones de un loco"*. Claudio, al ver este robusto varón, dejando a un lado sus necedades, comprendió que si nadie había sido su igual en Roma, allí no tenía el mismo don; que el gallo sólo es todopoderoso en su estercolero. *4.* Así en cuanto pudo entendérsele pareció decir esto: "Yo, Hércules, el más valiente de los dioses, esperaba que me ayudarías ante los demás; y si alguien me hubiese pedido un fiador, te habría designado, porque tú me conoces muy bien. Evoca tus recuerdos; yo era quien delante de tu templo administraba justicia todos los días, en julio y en agosto. Tú sabes cuánto infortunio soporté allí cuando escuchaba día y noche a los abogados; si con ellos hubieses tratado, por más que te creas muy valiente, hubieses preferido limpiar las caballerizas de Augias: yo saqué de allí mucho más estiércol. Pero puesto que quiero..."

VIII. 1. "No es de admirar que hayas irrumpido en la Curia, nada te está vedado. Ahora dinos qué especie de dios quieres que hagamos de él. No puede ser *un dios epicúreo: que no experimenta ningún mal ni tampoco lo causa a los demás.* ¿Estoico? Cómo puede ser un dios esférico, para decir como Varrón "sin cabeza y sin prepucio". Ahora me apercibo que hay algo en él de dios estoico: no tiene ni corazón ni cabeza. *2.* Si, por Hércules, hubiese solicitado el favor de Saturno, no obstante que este príncipe saturnal celebraba su mes durante todo el año, no se lo hubiese otorgado. Mucho menos de Júpiter, a quien indirectamente condenó por incesto. ¿Por qué causa, pregunto, mató a su yerno Silano? [Júpiter] prefirió llamar Juno a su hermana, la más hermosa de todas las jóvenes, a quien todos llamaban Venus. "¿Por qué dices su hermana, te pregunto?" Tonto, aprende: en Atenas es permitido a medias, en Alejandría por completo. *3.* ¿Porque en Roma, dijo el orador, las ratas sólo lamen las muelas de los molinos, querrá corregir aquí lo que hay de torcido entre nosotros? Yo no sé qué hace en su alcoba y él ya "escruta las regiones celestes". ¡Quiere llegar a ser dios! Acaso es poco el que tenga un templo en Britania, donde los bárbaros lo veneran y le rezan como a un dios *para alcanzar su gracia.*

IX. 1. Al fin Júpiter pensó que, habiendo extraños dentro de la Curia, no era permitido ni dictar sentencia ni discutir. "Yo — dijo — Padres Conscriptos, os había permitido interrogar; pero vosotros sólo tonterías hicisteis. Quiero que sigáis exactamente el reglamento de la Curia. Este hombre, sea quien quiera, ¿qué pensará de nosotros?" *2.* Cuando se hizo salir a Claudio, el padre Jano fué el primero en ser llamado a opinar. Había sido designado cónsul postmeridiano para las calendas de julio. Hombre en extremo sagaz, siempre ve *a la vez adelante y detrás.* Como habituado al foro pronunció un elocuente discurso, que el taquígrafo no pudo seguir y por eso no lo refiero, para no poner palabras diferentes de las que fueron dichas por él. *3.* Habló largamente de la majestad de los dioses, dijo que no debía concederse este honor al común de los hombres. "Antiguamente — continuó — ser divinizado era un asunto de gran importancia: de él hicisteis el mimo de Haba. Por lo tanto, por no aparecer dictando sentencia más respecto a la persona que al asunto, propongo que desde este día no se divinice a ninguno de aquéllos que *comen los frutos de la tierra labrada* o alimenta *la tierra que da el trigo.* Cualquiera que en contra de este decreto del senado, sea hecho, dicho o pintado dios, lo ofrezco a las Larvas y opino que en los primeros juegos de gladiadores sea azotado junto con los nuevos contratados." *4.* Después de él fué llamado a opinar Diespiter, hijo de Vica Pota, también cónsul designado y despreciable cambista: se mantenía con este oficio y también

solía vender derechos de ciudadanía de poca importancia. Hércules avanzó hacia él airosamente y le tocó el cabo de la oreja. Entonces [Diespiter] formuló su juicio en los siguientes términos: *5.* "Como el divino Claudio es pariente por consanguinidad del divino Augusto y también lo es de la divina Augusta, su abuela, a quien él mismo ordenó divinizar, y como en sabiduría sobrepasa a todos los mortales, y puesto que interesa a la república que haya alguien que pueda «devorar los nabos hirvientes» con Rómulo, dispongo: que el divino Claudio sea hecho dios desde este día y divinizado con todos los privilegios que haya tenido otro antes que él y que esto se incorpore a las Metamorfosis de Ovidio." *6.* Las opiniones eran diversas, pero Claudio parecía vencer. Pues Hércules, que veía que su hierro estaba en el fuego, corría de aquí para allá y decía: "No me lo neguéis, este asunto debe considerarse como mío; en adelante, si tú quieres algo, pagaré con la misma moneda: una mano lava la otra."

X. 1. Se levantó el divino Augusto al corresponderle su turno y disertó con suma elocuencia: "Yo —dijo—, Padres Conscriptos, os tengo por testigos de que jamás hablé desde el día en que fuí divinizado. Sólo me ocupo de mis asuntos. Pero no puedo disimular más y contener un dolor que la vergüenza hace más intenso. *2.* Para esto restablecí la paz en la tierra y en el mar; reprimí las guerras civiles, di seguridad a la Urbe mediante leyes, la adorné con monumentos, para... No sé qué decir, Padres Conscriptos, no encuentro palabras, todas están por debajo de mi indignación. En consecuencia, he de recurrir a aquella sentencia de Mesala Corvino, elocuentísimo varón: «me avergüenza el poder». *3.* Este hombre, Padres Conscriptos, que os parece incapaz de matar una mosca, mataba los hombres con la misma facilidad con que el dado sale del cubilete. ¿Es necesario que mencione sus víctimas y me refiera a tales varones? No es posible dedicarse a llorar los desastres públicos ante los males de mi familia. Por lo tanto omitiré aquéllos y sólo me referiré a éstos: pues aun cuando... no sabe griego, yo lo sé: *la rodilla está más cerca que la pantorrilla.* *4.* Este hombre que veis, que durante tantos años se escudó en mi nombre, me lo agradeció con la muerte de dos Julias, mis biznietas, la una por la espalda, la otra de hambre, y de un tataranieto, Lucio Silano: acaso consideras, Júpiter, que la falta era grave; pero también es la tuya, si quieres ser justo. Díme, divino Claudio, ¿cómo pudiste condenar a cualquiera de aquéllos y aquéllas que hiciste morir sin antes investigar el asunto y sin oírlos? ¿Dónde suele ocurrir esto? No en el cielo.

"*XI. 1.* He aquí a Júpiter, que reina desde hace tantos años. Es cierto que quebró una pierna a Vulcano, *tomándolo de un pie lo arrojó de la mansión divina;* que encolerizado con su mujer la suspendió en el espacio: ¿acaso la mató? Tú has matado a Mesalina de quien yo era tío abuelo, como lo soy de ti. No sé, dices. ¡Que los dioses te castiguen! Es más vergonzoso ignorar el asesinato que haberlo cometido. *2.* Después de la muerte de Caio César no cesó de imitarlo. Éste quitó la vida a su suegro, Claudio a su yerno. Aquél prohibió al hijo de Caio Craso llamarse Magno, Claudio le restituyó el nombre pero le arrebató la cabeza. Mató en la misma familia a Craso, a Magno, a Escribonia, a los Tristonias, a Asarion, a pesar de ser nobles. Craso, por otra parte, era tan estúpido que hasta hubiera podido reinar. *3.* ¿Queréis ahora divinizar a este hombre? Mirad su cuerpo, engendrado por la cólera de los dioses. Para abreviar, si dice tres palabras con rapidez que me lleve como esclavo. *4.* ¿Quién venerará a este dios, quién creerá en él? Mientras hagáis tales dioses, nadie creerá que vosotros lo sois. Para concluir, Padres Conscriptos, si me he conducido honradamente entre vosotros, si a nadie contesté con dureza, vengad mis injurias. A mi entender, esto propongo." Tomó las tablillas y así leyó: "*5.* Puesto que el divino Claudio mató a su suegro Apio Silano, a sus dos yernos Magno Pompeyo y Lucio Silano, al suegro de su hija Craso Frugi, hombre tan semejante a él como un huevo a otro huevo, a Escribonia, suegra de su hija, a su mujer Mesalina y a otros cuyo número no puedo calcular, deseo que se le castigue con rigor: que juzgue procesos sin tregua, que sea expulsado lo más pronto posible, que se marche del cielo en el término de treinta días y del Olimpo en el de tres." *6.* Los demás se adhirieron a esta sentencia. Inmediatamente Cileno, tomándolo del cuello, lo arrastró a los infiernos,

"de donde dicen que nadie retorna".

XII. 1. Mientras descendía por la Vía Sacra, Mercurio preguntó qué significaba aquella multitud, si acaso eran los funerales de Claudio. En efecto, eran los funerales más hermosos del mundo, preparados con gran cuidado; se veía claramente que se enterraba a un dios. Había tal aglomeración de trompetistas, de tocadores de cuerno, tal turba de los de toda clase de instrumentos de cobre, que hasta el mismo Claudio podía escucharlos. *2.* Todos estaban contentos, reinaba una alegría general, el pueblo romano iba de un lado a otro sintiéndose libre. Agatón y algunos pocos abogados se lamentaban

en lo más profundo de sus almas. Los jurisconsultos salían de la sombra, pálidos, delgados, con aliento apenas, como si en ese preciso momento resucitaran. Uno de ellos, al ver a los abogados que se reunían y se quejaban de su suerte, se aproxima y exclama: "Ya os decía: las Saturnales no durarían siempre." *3.* Claudio, al ver sus funerales comprendió que estaba muerto. Se cantaba en grande y *poderoso coro* este canto anapéstico:

> "Llorad, lamentaos, resuene el Foro con nuestro triste clamor: ha muerto un hombre prudente, varón preclaro. No existió en todo el orbe otro más valiente que él. Podía vencer con su veloz marcha a los más rápidos corredores, derrotar a los partos rebeldes, perseguir a los persas con ligeras saetas y manejar la cuerda del arco con mano certera. Él vencía a los enemigos, hiriendo levemente a los que se retiraban y traspasaba el abigarrado escudo del medo fugitivo. Obligó a los britanos, más allá de las riberas del mar conocido, y a los brigantes, a ofrecer sus cuellos a las cadenas de Rómulo, y al mismo Océano a estremecerse bajo las leyes del hacha romana desconocidas hasta entonces. Llorad a este grande hombre. Nadie pudo resolver los asuntos más rápidamente que él, oyendo sólo a una de las partes y con frecuencia a ninguna. ¿Qué juez atenderá ahora causas durante todo el año? Que te ceda su sitio el que juzga al pueblo silencioso, el que rige a cien ciudades de Creta. Golpead el pecho con vuestras palmas, ¡oh abogados, raza venal! ¡Llorad, poetas noveles, y sobre todo vosotros, que sacasteis tanto provecho manejando el cubilete de los dados!"

XIII. 1. Claudio se deleitaba con estas alabanzas y deseaba presenciar el espectáculo durante más tiempo. Pero el Taltibio de los dioses lo toma de la mano y envolviéndole la cabeza para que nadie pudiera reconocerlo, lo arrastra por el Campo de Marte y entre el Tíber y la Vía Tecta, desciende a los Infiernos. *2.* Ya el liberto Narciso lo había precedido tomando un atajo, para recibir al amo. Se dirige a su encuentro con la tez fresca, puesto que salía del baño y dice: "¿A qué vienen los dioses entre los hombres?" "Apresúrate —le dijo Mercurio—, anuncia nuestra llegada." Narciso se precipitó más rápido que la palabra. *3.* El camino va en pendiente y se desciende con facilidad. Y así, a pesar de su gota, en poco tiempo llega a la puerta de Dis, donde está echado Cerbero o como dice Horacio "la bestia de cien cabezas". Se turba un poco [sólo estaba acostumbrado a acariciar a su perra blancuzca] al ver aquel perro negro, peludo, que no te agradaría saliese a tu encuentro en la oscuridad. Pero al fin con voz potente dice: "Claudio llega." *4.* Se adelantan cantantes, aplaudiendo: *lo hemos encontrado, alegrémosnos.* Estaban allí Cayo Silio, cónsul designado, Junco, antiguo pretor, Sexto Traulo, Marco Helvio, Trogo, Cota, Vetio Valens, Fabio, todos ellos caballeros romanos a quienes Narciso había enviado al suplicio. En medio de este grupo de cantantes estaba el pantomimo Mnester, que Claudio había minorado a causa de su belleza. *5.* Prontamente acudieron con ligereza a Mesalina [el rumor de la llegada de Claudio se había propagado con rapidez], en primer lugar, los libertos, Polibio, Mirón, Harpocras, Anfeo y Feronato, a quienes Claudio había enviado delante para no llegar inadvertido a ninguna parte; luego los dos prefectos, Justo Catonio y Rufrio Polio; después sus amigos, los consulares Lusius Saturnino y Pompeio Pedo, Lupo y Asinio Celer; por último, la hija de su hermano, la hija de su hermana, sus yernos, sus suegros, sus suegras, en una palabra, todos sus parientes. Agrupados salen al encuentro de Claudio. *6.* Al verlos Claudio exclama: *"Todo está colmado de amigos.* ¿Cómo llegasteis vosotros aquí?" Entonces Pompeio Pedo le responde: "¿Qué dices, hombre crudelísimo, cómo preguntas? ¿Quién otro sino tú nos ha enviado aquí, asesino de todos tus amigos? Vamos ante los jueces: yo te mostraré el tribunal."

XIV. 1. Lo condujo al tribunal de Eaco. Éste informaba contra unos asesinos, según la ley Cornelia. Pompeio requiere que se inscriba el nombre de Claudio y firma el acta: "Asesinato de treinta y cinco senadores, doscientos veintiún caballeros romanos, y otros *tan numerosos como la arena y el polvo. 2.* Claudio no encuentra abogado. Al fin se adelanta P. Petronio, su antiguo conviviente, orador de elocuencia claudiana, y pide defenderlo. Es rechazado. Pompeio Pedo lo acusa a voces. Su defensor intenta contestar. Entonces Eaco, hombre muy equitativo, se lo impide y condena a Claudio, luego de oír sólo una de las partes, y dice: *"Que se lo trate como a los demás él trató; la justicia estará satisfecha". 3.* Se hizo un profundo silencio. Todos estaban estupefactos, atónitos, ante esta sentencia inusitada; decían que jamás se había efectuado proceso semejante. Claudio lo consideraba más injusto que extraordinario. *4.* Se discutió largamente acerca de la naturaleza de la pena que era conveniente aplicarle. Había [jueces] quienes decían que Sísifo ya había transportado su piedra mucho tiempo, que Tántalo moriría de sed si alguien no lo socorría y que se debía detener alguna vez la rueda del desdichado Ixion; sin embargo no se quiso dar tregua a ninguno de estos veteranos para que Claudio jamás tuviera esperanza de una mitigación. *5.* Se resolvió que era necesario establecer un castigo

nunca visto, idear para él un trabajo vano y la ilusión de un deseo sin término ni resultado. Entonces Eaco le ordena jugar a los dados con un cubilete desfondado. Y ya se veía a Claudio comenzando a asir los dados siempre huidizos, sin jamás poder conseguirlo.

XV. 1. "Pues cada vez que los dados iban a ser lanzados del resonante cubilete, huían por el lado desfondado; y cuando después de haberlos juntado se atrevía a arrojarlos nuevamente, siempre dispuesto a jugar y siempre dispuesto a buscarlos, su esperanza quedaba defraudada: los dados engañosos le escapaban, se deslizaban entre sus mismos dedos, sin interrupción. Del mismo modo la inútil carga de Sísifo rueda de su espalda en el momento de alcanzar la cima del alto monte."

2. De pronto apareció Caio César y se puso a reclamar a aquél [Claudio] como esclavo suyo. Presentó testigos que lo habían visto azotado por su látigo, golpeado por su palmeta y abofeteado. Es adjudicado a Caio César, que lo regala a Eaco. Éste lo entregó a su liberto Menandro, para que se ocupara de las informaciones de los asuntos.

I, 1, l. 2. — Porque había muerto Claudio, enemigo de Séneca, y comenzado su gobierno Nerón, en quien su maestro especialmente tenía cifradas grandes esperanzas.

I, 1, l. 5. — Séneca sufrió durante el reinado de Claudio un destierro de ocho años en Córcega, y si bien Agripina logró que el césar lo perdonase y pudiera regresar a Roma, su existencia no era apacible. Estaba en continua zozobra, pues se lo consideraba uno de los integrantes de la facción enemiga del emperador. TÁCITO, *Ann.*, XII, 7.

I, 1, l. 6. — Acerca de la estulticia de Claudio, ver notas 10 y 11.

I, 2, l. 3. — Cuando murió Drusila, hermana de Calígula, se celebraron grandiosos funerales y se le ofrendaron honores divinos. En el senado, Livio Germánico declaró bajo juramento que él había visto a Drusila ascendiendo al cielo y conversando con los dioses. Por dicha información este oscuro senador recibió un millón de sestercios. DIÓN CASIO, *Hist.*, LIX, xi, 4.

I, 2, l. 4. — Sobre la extraña manera de caminar de este emperador ver nota 5.

I, 2, l. 6. — Augusto y Tiberio murieron lejos de Roma; el primero en Nola, el segundo en Misena; sus cuerpos, conducidos a la capital, entraron por la Vía Apia. Pero Tiberio no recibió honores divinos como Augusto.

II, 1, l. 4. — En verso en el texto original.

II, 2, l. 3. — Según nuestra manera de contar el tiempo, entre el mediodía y las trece.

II, 4, l. 2. — En verso en el texto original.

III, 1, l. 2. — Expresión irónica: pues es proverbial la agudeza e ingenio del dios Mercurio.

III, 2. l. 2. — En vida de Claudio los astrólogos profetizaron su muerte en más de una oportunidad.

III, 2, l. 5. — Verso de Virgilio: *Geórgicas*, IV.

III, 3, l. 1. — Cloto, la más joven de las tres parcas, es la que determina el fin de la vida de los hombres.

III, 3, l. 3. — Acerca de la facilidad con que se otorgaba durante este gobierno la ciudadanía romana: ver notas 33 y 34.

III, 4, l. 2. — No tenemos referencias acerca de Aurigino. En cambio, Baba es mencionado por Séneca, en la epístola XV, 9, como un tipo proverbial de tonto.

IV, 1, l. 1. — Apología en verso dedicada al nuevo césar; en ella no sólo debemos ver al cortesano que desea congraciarse con el emperador, sino también al maestro que confía en el futuro gobierno de su dilecto discípulo.

IV, 1, l. 2. — Cloto corta el hilo de la vida de Claudio.

IV, 1, l. 2. — Láquesis, una de las parcas, hila la hebra de la vida humana.

IV, 1, l. 3. — Pieria, antiguo país de la Baja Macedonia, tomó su nombre del monte Pierio, consagrado a las musas.

IV, 1, l. 4. — Se refiere al estambre, a la vida de Nerón, que ha comenzado a hilar.

IV, 1, l. 9. — Titón y Néstor son citados comúnmente como ejemplos de extraordinaria longevidad. Néstor, rey de Pilos — según Homero —, fué el más anciano de los príncipes que asistieron al sitio de Troya.

IV, 1, l. 16. — Suetonio anota que a Nerón se le comparaba con Apolo por su canto y su belleza. La música era una de las artes en la que se había instruído desde niño, especialmente en el canto, que no abandonó al ser emperador. SUETONIO, *Ner.*, 20, 53.

IV, 2, l. 4. — Verso en griego de Cresfontes, tragedia perdida de Eurípides, llegada a nosotros en la traducción latina de Cicerón, *Diálogos Tusculanos*, I, 115. Séneca ha transcripto este verso, dándole un sentido irónico.

IV, 2, l. 6. — Ver nota 46.

IV, 3, l. 4. — Según Tácito (*Ann.*, XII, 64), Claudio murió envenenado con un guisado de hongos, en el que habían colocado previamente el tóxico. El primer síntoma del mal fué un flujo de vientre que le sobrevino inmediatamente de ser ingerido el alimento y que le duró varias horas.

V, 2, l. 6. — Descripción física de Claudio por Suetonio: ver nota 5.

V, 3, l. 7. — Hércules se distinguió por su extraordinaria fuerza y ejecutó obligado por Euristeo las hazañas conocidas por los "doce trabajos".

V, 4, l. 4. — Verso homérico. *Odisea*, I, 170, en griego.

V, 4, l. 6. — Según Suetonio (*Claudio*, 41), los libros de las Historias pueden considerarse los de mayor valor dentro de la producción literaria de Claudio.

V, 4, l. 6. — Conocida es la afición de este emperador por los estudios griegos. "En el senado contestaba casi siempre en este idioma a los discursos de los embajadores y en su tribunal citaba con frecuencia versos de Homero." SUETONIO, *Cl.*, 42.

V, 4, l. 8. — Verso, en griego, tomado de *Odisea*, IX, 39.

V, 4, l. 10. — Verso homérico, en griego.

VI, 1, l. 3. — Acerca de la constitución débil y enfermiza de Claudio, ver nota 8.

VI, 1, l. 4. — L. Munatius Plancus fué el fundador de la colonia romana de Lyon.

VI, 1, l. 5. — Viena, colonia romana, formaba parte de la provincia Narbonense.

VI, 1, l. 6. — Lucinus, de origen galo, fué durante el gobierno de Augusto procurador de la región lionesa; se hizo tan famoso por su perversidad, que sus súbditos le llamaban "el déspota".

VI, 1, l. 8. — Hay muchas millas de Troya, donde decía Claudio haber nacido, a Lyon, su verdadera ciudad natal. Xanto era el río que bañaba a la antigua Troya y a orillas del Ródano se levanta Lyon.

VI, 2, l. 2. — Ver nota 14.

VI, 2, l. 6. — Expresión irónica acerca del dominio que los libertos ejercieron sobre este emperador. Ver nota 35.

VII, 1. l. 3. — Emplea Hércules un tono amenazante para intimidar a Claudio, que era cobarde. Ver nota 19.

VII, 1, l. 4. — En verso en el texto.

VII, 2, l. 5. — El rey del triple cuerpo era Gerión, uno de los gigantes de la mitología griega; se lo consideraba el más fuerte de los hombres.

VII, 2, l. 6. — La ciudad de Inaco era Argos, donde éste fué el primer rey legendario.

VII, 2, l. 6. — La colina de Fourviere, en la cual está Lyon, situada en la confluencia del Ródano y el Saona.

VII, 2, l. 8. — César describe la forma cómo el Saona desemboca en el Ródano: "con tal asombrosa lentitud que a simple vista no se puede asegurar hacia qué parte corre". CÉSAR, *B. G.*, I, 12.

VII, 3, l. 2. — Parodia de la expresión trágica θε ὕπληγῆ ο Sófocles la emplea en el drama *Aiax*, verso 278.

VII, 3, l. 4. — Podemos ver en esta oración un interesante juego de palabras, pues *gallum* significa a la vez gallo y galo.

VII, 4, l. 6. — Sobre la actuación de Claudio en el tribunal de justicia: ver nota 37.

VII, 4, l. 7. — El noveno trabajo de Hércules consistió en limpiar las caballerizas de Augias, haciendo pasar por ellas las aguas del río Alfeo, cuyo curso desvió.

VII, 4, l. 7. — En todos los manuscritos se presenta esta laguna entre los párrafos vii y viii. Se cree que Claudio, en la parte del texto perdido, logró convencer a Hércules y por él fué introducido en el senado de los dioses, donde se deliberaba acerca de su divinización. Nos parece asistir a una sesión del senado romano: tal la similitud de la forma en que se desenvuelve y en las expresiones jurídicas empleadas. Es visible la intención de Séneca de reproducir burlescamente una reunión de dicho cuerpo.

VIII, 1, l. 3. — En griego en el texto original. "Los dioses epicúreos, seres bienaventurados e inmortales, no tienen molestias ni las producen a otros ni son poseídos por iras o benevolencias. De ahí que no se puede temer a los dioses ni tampoco esperar de ellos beneficios: viven en un estado total de serenidad." MONDOLFO, *El pensamiento antiguo*, tomo II, ii.

VIII, 1, l. 4. — Según los filósofos estoicos, dios es "inmanente e idéntico al mundo" y lo representan como el universo, redondo, esférico.

VIII, 2, l. 2. — Príncipe de las Saturnales, por su afición a las fiestas y juegos públicos. No se atuvo a las representaciones ordinarias, en los sitios acostumbrados, sino imaginó

otros espectáculos y reprodujo los antiguos, dedicándoles nuevos parajes. SUETONIO, *Cl.*, 21. ZONARAS, *Ann.*, XI, ix, 562.

VIII, 2, l. 5. — Lucio Silano, comprometido en matrimonio con Octavia, hija de Claudio, fué acusado por éste de mantener relaciones incestuosas con su hermana Iunia Calvina. Perdida la gracia imperial, Silano se suicidó. De esta manera Claudio, indirectamente, condenaba el casamiento de Júpiter con su hermana Juno.

VIII, 2, l. 7. — En Atenas era permitido casarse con el medio hermano o la media hermana, en Alejandría entre hermanos: ejemplo famoso, las nupcias de los Ptolomeos.

VIII, 3, l. 3. — El orden que reinaba en Roma era tal, que las ratas no tenían que lamer más que las muelas de los molinos.

VIII, 3, l. 4. — Cita de la Efigenia de Enio. El verso entero se encuentra en *La República*, de CICERÓN, I, 30: "Quod est ante pedes nemo spectat, caeli serutantur plages."

VIII, 3, l. 5. — Ver nota 22.

VIII, 3, l. 5. — En griego en el texto original.

IX, 2, l. 3. — Según una antigua costumbre romana, el día se dividía en dos partes: la mañana dedicada al trabajo y la tarde al descanso. Por lo tanto, un cónsul postmeridiano era un cónsul sin actividad. Jano y Diespiter fueron los primeros en opinar, por ser los cónsules designados; tal el reglamento del senado romano.

IX, 2, l. 4. — Cita tomada de *Ilíada*, III, 109, en griego. Jano fué dotado por Saturno — según la mitología — de una maravillosa sagacidad que le permitía tener siempre presente el pasado y el porvenir. Comúnmente se representa a este dios con dos caras: una, mirando los hechos pretéritos, la otra, los futuros.

IX, 2, l. 4. — Alusión probable al templo de Jano situado en el Foro, delante de la Curia Julia.

IX, 3, l. 4. — Expresión proverbial que se empleaba para hacer referencia a un hecho burlesco.

IX, 3, l. 6. — En griego, verso de *Ilíada*, VI, 142.

IX, 3, l. 6. — Expresión frecuente de Homero: *Il.*, VIII, 486; *Od.*, VII, 332. En griego en el texto.

IX, 3, l. 8. — Larvas, espíritus malignos.

IX, 3, l. 9. — Costumbre tradicional de azotar a los nuevos gladiadores antes de su primera exhibición.

IX, 4, l. 1. — Diespiter (Dies-pater), divinidad itálica, padre del día, padre de la luz.

IX, 4, l. 1. — Vica Pota: diosa de la victoria y de las conquistas.

IX, 4, l. 4. — Ademán común para invitar a otra persona a recordar y decir lo que sabe acerca del asunto de que se trata.

IX, 5, l. 2. — Antonia, madre de Claudio, era sobrina de Augusto. El padre de Claudio, Druso, era hijo de Livia, esposa de Augusto.

IX, 5, l. 3. — Suetonio nos dice que Claudio, apenas establecido en el gobierno, se ocupó de honrar a su familia. Hizo decretar para su abuela Livia los honores divinos. SUETONIO, *Cl.*, 11.

IX, 5, l. 4. — Alusión evidente a la glotonería de Claudio. Ver notas 17 y 18.

IX, 5, l. 7. — En su *Metamorfosis*, Ovidio habla de la apoteosis de Rómulo, de Julio César y alude a la futura divinización de Augusto.

X, 3, l. 5. — Hay dos palabras ininteligibles.

X, 3, l. 6. — Proverbio común, en griego. Por ejemplo, Aristóteles lo cita en la *Ética a Nicómaco*, IX, viii, 2.

X, 4, l. 2. — A Julia, hija de Druso, y a Julia, hija de Germánico, hizo matar Claudio por vaga acusación y sin querer oírlas. SUETONIO, 29. TÁCITO, *Ann.*, XIII, xxxii, 43.

X, 4, l. 4. — Si Lucio Silano era condenado por incesto, la misma pena merecería Júpiter, siendo igual su culpa.

XI, 1, l. 2. — Verso griego tomado de Homero, *Il.*, I, 591.

XI, 1, l. 5. — Sobre la muerte de Mesalina, ver notas 43 y 44.

XI, 2, l. 2. — Cayo Calígula obligó a su suegro Silano a degollarse. SUETONIO, *Cal.*, 23.

XI, 2, l. 3. — Pompeyo Magno, casado con Antonia, la mayor de las hijas de Claudio, es citado como otra de sus víctimas. SUETONIO, *Cl.*, 29. ZONARAS, XI, ix, 563. DIÓN CASIO, LX, 5.

XI, 2, l. 3. — Calígula prohibió a los romanos más nobles las antiguas distinciones de sus familias. Se impidió a C. Pompeyo seguir llevando el nombre de Magno. SUETONIO, *Cal.*, 35.

XI, 2, l. 5. — Craso era el padre de Pompeyo Magno y Escribonia su madre. Las Tritonias y Asarión nos son desconocidos o los nombres han llegado a nosotros alterados.

XI, 3, l. 3. — Ver nota 6 acerca de la dificultad de Claudio para expresarse.

XI, 5, l. 1. — "Claudio hizo morir a Apio Silano, padre de su yerno, Lucio Silano." SUETONIO, *Cl.*, 29.

XI, 6, l. 2. — Cilene: nombre con el cual se designa también a Mercurio.

XI, 6, l. 4. — Cita de Catulo, III, 12.

XII, 1, l. 2. — Ver nota 3.

XII, 2, l. 3. — Sobre la fortuna de los abogados en este gobierno, ver nota 30.

XII, 2, l. 4. — Los jurisconsultos, defensores de las leyes contra la arbitrariedad de Claudio, necesariamente habían pasado a segundo plano y se sentían contentos con su muerte.

XII, 3, l. 2. — Canto funerario en versos anapésticos.

XII, 3, l. 10. — En este párrafo están consignadas las luchas que se llevaron a cabo durante el gobierno de Claudio. Como es sabido, este emperador realizó una sola expedición a Britania (ver nota 23). Las otras empresas militares que menciona Séneca, fueron dirigidas por legados suyos.

XII, 3, l. 13. — Ver nota 27.

XII, 3, l. 13. — Claudio hizo continuo el despacho de los negocios, divididos hasta él entre los meses de invierno y de estío. SUETONIO, *Cl.*, 23.

XII, 3, l. 14. — Minos, rey de Creta, antiguo legislador, uno de los tres jueces de los infiernos.

XII, 3, l. 16. — Sobre la afición de Claudio al juego de los dados, ver nota 52.

XIII, 1, l. 2. — Taltibio era el heraldo que Agamenón llevó en su compañía al sitio de Troya (*Ilíada*, I). Su nombre se usa proverbialmente para designar a un mensajero veloz.

XIII, 2, l. 3. — Al morir Claudio, su liberto Narciso se hallaba en Sinuesa, célebre por la bondad de sus aguas termales, donde había ido para mitigar su gota. TÁCITO, *Ann.*, XII, 63. DIÓN CASIO, LX, 34. ZONARAS, XI, xi, 567.

XIII, 3, l. 2. — Plutón, dios de los infiernos.

XIII, 3, l. 2. — Cerbero, perro de tres cabezas, guardián de los infiernos.

XIII, 3, l. 3. — HORACIO, *Carmina*, I, xiii, 33.

XIII, 4, l. 3. — TÁCITO, *Ann.*, XI, 35-36, cita las circunstancias en que fueron ajusticiados Cayo Silio, Iunco Virgiliano, Sexto Traulo Montano, Trogo y Vetio Valens. Son desconocidos Marco Elvio, Cotta y Fabio.

XIII, 4, l. 5. — TÁCITO, *Ann.*, XI, 36, sobre Mnester, su culpabilidad y su muerte.

XIII, 5, l. 3. — Polibio y Arpocras son citados por SUETONIO, *Cl.*, 28. Mirón, Anfeo y Feronato no son conocidos.

XIII, 5, l. 5. — DIÓN CASIO, LX, xviii, 23, consigna, respectivamente, los nombres de los prefectos Justo Catonio y Rufio Polio.

XIII, 5, l. 6. — Acerca de Saturnino Lusio y Lupo, ver TÁCITO, *Ann.*, XIII, 43. Sobre Celer Asinio, PLINIO, *Nat. Hist.*, IX, 67. Pedo Pompeyo es desconocido.

XIII, 5, l. 8. — Julia, hija de su hermano Germánico; Julia, hija de su hermana Livia; sus yernos, Lucio Silano y Pompeyo Magno; sus suegros, Apio Silano y Craso Frugi; su suegra, Lépida, y la suegra de su hija, Escribonia.

XIII, 6, l. 2. — En griego en el texto.

XIV, 1, l. 1. — Caco: uno de los tres jueces de los infiernos, junto con Minos y Radamanto.

XIV, 1, l. 3. — Acerca de estas muertes, ver nota 50.

XIV, 1, l. 4. — En griego en el texto.

XIV, 2, l. 2. — P. Petronio, personaje consular, citado por TÁCITO, *Ann.*, III, 49.

XIV, 2, l. 6. — Fórmula jurídica, en griego. La encontramos en ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, V, 5.

XIV, 4. l. 3. — Sísifo, temible por sus robos y sus crueldades, cuando murió fué condenado a subir una enorme piedra a la cima de una montaña, de donde volvía a caer sin cesar.

XIV, 4, l. 3. — Tántalo fué castigado por Júpiter a vivir presa de hambre y sed devorantes.

XIV, 4, l. 4. — Ixión, por falta de respeto a Juno, fué atado a una rueda inflamada, que había de girar eternamente.

XV, 1, l. 6. — En verso en el texto.

XV, 2, l. 3. — SUETONIO, *Cal.*, 23; *Cl.*, 8-9, habla del trato despectivo y a veces cruel de Calígula para con Claudio.